

A CARMEN COBEÑA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUANA.....	CARMEN COBEÑA.
ISABEL.....	JOSEFA COBEÑA.
GABRIEL.....	FRANCISCO MORANO.
CARLOS.....	RICARDO CALVO.
RICARDO.....	LEOVIGILDO RUIZ TATAY.
UN CRIADO.....	CARLOS DRESSEL.

LOS OJOS DE LOS MUERTOS

ACTO PRIMERO

Sala en una casa de campo.

ESCENA I

GABRIEL y DON RICARDO

GABRIEL

Pase usted, don Ricardo; pase usted. Esta es la casa; como usted ve, sin lujos, apenas comodidades, porque nunca pensamos vivir aquí tanto tiempo. Mi mujer aborrece el campo, los hijos en quien yo pensaba al adquirir esta finca no han venido o tardan en venir, y sólo las tristes circunstancias de ahora han tenido fuerzas para traernos. Isabel estaba como loca; los médicos nos aconsejaron que saliéramos de Madrid lo más pronto posible. ¿Y dónde mejor? Al fin es nuestra casa.

RICARDO

Muy bien pensado. ¿Y cómo está Isabel? ¿Cómo está?

GABRIEL

Figúrese usted; el golpe ha sido terrible por lo inesperado y por lo inexplicable, por todo; yo

comprendo el estado de ánimo de la pobre Isabel; para mi mujer y para mí ha sido también un gran disgusto...; usted sabe cómo se quieren las dos hermanas; mi mujer ha sido la verdadera madre de Isabel; Hipólito también era para nosotros, aun antes de casarse con Isabel, un verdadero hermano.

RICARDO

Era un hombre adorable. Yo también le apreciaba mucho; todo el mundo. Nadie se explica lo sucedido; yo menos que nadie, y ahora menos que nunca.

GABRIEL

¿De modo que de las indagaciones de usted ahora, lo mismo que antes de las judiciales, nada se desprende todavía?

RICARDO

Nada absolutamente. Es raro el caso de un suicidio envuelto en tan impenetrable misterio; de ordinario, cuantos se matan sienten el deseo de confesar, para sincerarse si fueron sus culpas las que a tan violento extremo les llevaron, para culpar si de alguien fué la culpa. ¡Es tan humano que busque esa última expansión un espíritu, sin duda horriblemente atormentado, cuando la vida le fué insoportable!

GABRIEL

¿Y dice usted que nada más se ha encontrado en sus papeles? Ni una carta, ni un indicio...

RICARDO

Nada, nada; en cuestión de intereses, como se supuso primero, no hay que pensar.

GABRIEL

Yo nunca lo creí; era difícil, dada la intimidad de su vida con la nuestra, que Hipólito hubiera contraído deudas sin que llegara a nuestra noticia. Hipólito no era jugador... ¿Qué digo? Si no se separaba de mi mujer, de nosotros; si desde que se casó no ha dado un paso que no hayamos podido contarle.

RICARDO

Nada, nada; sus asuntos están en toda regla, en el mayor orden. Figúrese usted si existieran acreedores lo que hubieran tardado en aparecer. Tampoco hemos hallado cartas ni retratos que puedan hacer pensar en alguna pasión.

GABRIEL

Tampoco en eso podría pensarse. Hipólito se casó muy enamorado y sólo por amor. ¿Qué podía obligarle? Él era rico, independiente...

RICARDO

¿Disgustos conyugales...?

GABRIEL

¡Qué locura! Isabel e Hipólito, aparte los quince días de su viaje de boda, no se separaban de nosotros; disgustos que dan lugar a una tragedia no pueden ser tan insignificantes que no tras-

ciendan pronto por mucho que se trate de ocultarlos. Y de ser esa la causa, Isabel nos lo hubiera confesado todo al ocurrir la desgracia que ella es la primera en no explicarse; yo no puedo creer que Isabel finja con nosotros.

RICARDO

No lo creo; por delicada que fuera la causa, ustedes son sus hermanos.

GABRIEL

Hemos sido como padres. Juana es diez años mayor que Isabel; Isabel era una niña cuando perdieron a su madre; el segundo matrimonio de su padre unió a las dos hermanas tan estrechamente, que al casarse Juana conmigo, Isabel dejó su casa por la nuestra, y con nosotros ha vuelto ahora, quizás para no separarnos nunca, porque aunque Isabel es joven y el tiempo trae olvido para todas las penas..., no sé; pero temo que para Isabel no llegue tan pronto el olvido y que otro amor no llegue nunca.

RICARDO

Sí, para Isabel no ha terminado todo. El misterio que rodea el suicidio de Hipólito se presta a tantas suposiciones, no todas bien intencionadas...

GABRIEL

¿Usted ha oído algo en Madrid?

RICARDO

¡He oído tantas cosas! Usted suponga. Hay quien asegura que no fué suicidio.

GABRIEL

¿Cómo? ¿Asesinato entonces? ¡Qué infamia! ¡Hay pruebas evidentes!

RICARDO

Sí, de que Hipólito se mató; pero hay quien supone que se trataba de un duelo en esas condiciones; la suerte decidió, y fué Hipólito el muerto.

GABRIEL

¡Qué disparate! ¿Quién puede creer en esos duelos de novela? ¿Y por qué un duelo en esas condiciones? Para llegar a ese extremo con otro hombre, algún choque violento había de preceder, si no conocido de todos, de alguien que de seguro no guardaría el secreto... Ni es posible que existan amores ni odios tan ocultos...

RICARDO

Como todo es extraño en este caso, todo puede pensarse. Yo creo, como usted, que sólo a un rapto de locura puede atribuirse, tal vez al terror aprensivo de verse asaltado por la locura; es la única explicación lógica.

GABRIEL

La única.

RICARDO

¿Se sabe si en la familia de Hipólito existen precedentes?

GABRIEL

No, ninguno; ya se pensó en ello, ya nos informamos por todos los medios. Y ahora dice usted... ¿que entre sus papeles...?

RICARDO

Nada, nada; cartas de familia y de amigos... Sólo hay un dato, pero del que no puede esperarse mucho: su criado nos confesó que por curiosidad, al recoger el cesto de los papeles del despácho de su señorito, leía siempre los pedacitos de cartas allí arrojados... y que al día siguiente de la desgracia sólo halló unos pedazos de una carta...

GABRIEL

¿Y esa carta...?

RICARDO

Estaba dirigida a Carlos, su amigo íntimo, residente en Londres.

GABRIEL

Sí; la correspondencia entre ellos era frecuente...

RICARDO

El criado guardaba los pedazos de carta... Nada contenían de particular... Pero el criado nos aseguró que aquel mismo día él había llevado al correo otra carta, dirigida también a la misma persona; carta que debía ser muy extensa, porque hubo necesidad de pagar exceso de franqueo.

GABRIEL

Siempre se escribían largamente sobre asuntos literarios; ya conocía usted la afición de Hipólito; Carlos le enviaba noticias y juicios sobre todo lo que se publicaba en Inglaterra; yo he leído muchas de sus cartas.

RICARDO

Sí, es de creer que ésta sea una de tantas... Sin embargo, el haber empezado otra antes de escribir esa larga carta el mismo día en que se suicidó..., no es natural que su ánimo estuviera para escribir tan largamente de asuntos literarios en aquellos momentos...

GABRIEL

Sí, no es natural...

RICARDO

Pensándolo así, escribí a Carlos, que precisamente se hallaba ya camino de España y se detuvo unos días en París y no tardará en llegar a Madrid; dejé encargo de que le hablaran en mi nombre.

GABRIEL

Si él sabe algo, esté usted seguro de que se apresurará a decírnoslo.

RICARDO

Si no le han exigido el secreto.

GABRIEL

¿Usted cree...?

RICARDO

Ya lo dije; por no creer nada lo supongo todo.

GABRIEL

La coincidencia de venir a Madrid... ¿Dice usted que él no llegó a recibir su carta de usted?

RICARDO

No; ya estaba de viaje.

GABRIEL

Si es extraño... ¿Dejó usted encargo de que le contestaran aquí?

RICARDO

Lo más pronto posible.

GABRIEL

¡Confiar a un amigo lo que a nadie quiso decir! Grande es su amistad, pero no creo que sólo Carlos pueda saber lo que nadie sabe.

RICARDO

Él nos dirá, si no es que la obligación de guardar el secreto, tanto como a no revelarlo, le obliga a decir que lo ignora. ¿Isabel...?

GABRIEL

Pude conseguir que saliera con Juana a dar un paseo por el campo; no quise decir que llegaba usted hoy porque no hubiera descansado de impaciencia... ¡Esperaba tanto en usted!...

RICARDO

No había motivo. Todos juntos indagamos cuanto se pudo en los primeros momentos; poco podía ya esperarse... Sólo por apurarlo todo... Ustedes me dispensaron esa confianza...

GABRIEL

Era usted la persona de mayor autoridad para nosotros. Yo había dado los primeros pasos por natural interés; después, despierta la curiosidad, y con la curiosidad la maledicencia de todos, no convenía que fuera yo el que insistiera en descubrir nada. ¿Quién sabe si podía creerse que yo, más que en descubrir, tenía interés en ocultar?

RICARDO

No, amigo mío. Nadie puede creerlo.

GABRIEL

No por nada; sólo me refiero a la cuestión de intereses, siempre delicada. Isabel ha de vivir por ahora con nosotros; otras personas de la familia podían creer que yo intervenía demasiado en sus asuntos... ¿Dice usted que en Madrid se habla de la pobre Isabel? Ya lo supone ella; por eso es mayor su tristeza... ¡Usted sabe si eso es una infamia!

RICARDO

Oigo la voz de Juana. Vuelven de su paseo... Si no cree usted oportuno que todavía me presente a Isabel...

GABRIEL

¿Por qué? Su sentimiento será el mismo.

ESCENA II

DICHOS, ISABEL y JUANA

GABRIEL

Isabel... Mira a quién tenemos aquí.

RICARDO

¡Isabel!... ¡Hija mía!

ISABEL

¡Don Ricardo! ¿Cuándo llegó usted?... Sin avisarme... Yo le hubiera esperado.

RICARDO

Por evitarlo no quise avisar. ¿Cómo estás, hija mía? ¡Ah!... Juana..., perdón..., no te saludé.

JUANA

Siéntese usted... Supongo que Gabriel le habrá a usted dicho si quiere almorzar.

GABRIEL

Confieso mi desatención; nada le ofrecí.

RICARDO

Era inútil; almorcé en Madrid.

JUANA

Pero muy temprano... Tomará usted algo.

RICARDO

No, ya sabes cómo anda mi apetito; puedo esperar hasta vuestra hora de comer.

JUANA

Como usted quiera; su habitación ya estaba dispuesta.

GABRIEL

Sí; ya hice que llevaran allí su equipaje.

RICARDO

Isabel está impaciente por preguntarme...

ISABEL

No tengo que decirlo. Hable usted..., dígame usted todo.

RICARDO

Todo es bien poco... Nada...

ISABEL

¡Dios mío! ¡Nunca sabré entonces...! ¡Es horrible, horrible! ¡Querer a un hombre con toda el alma, creerme querida del mismo modo, creerme feliz y creer que merecía esa felicidad, y en un instante todo desaparece para siempre!... Su vida y su cariño y la confianza de haber sido querida nunca y la seguridad de haber merecido serlo..., porque no se desaparece así, no se abandona así a quien nos quiere como yo le quería, sin una palabra de cariño o de odio, de desesperación o de remordimiento, pero algo... que sea

luz para mi conciencia, que no sabe si ha de perdonar o he de perdonarme, porque dudo de mí misma y me vuelvo loca pensando si yo pude ser la causa... ¿Pero qué culpa pudo haber en mí? No la hallo; soy cruel conmigo, me atormento, no me basta con recordar todos mis actos, todas mis palabras, escudriño también en mi pensamiento... Pero no; ni con el pensamiento le ofendí nunca, y nada, nada hubo en mí que pudiera ser una tristeza en su vida... No, no fué por mí... ¿Por qué entonces? ¿Por qué? ¿Por qué? No habrá otra palabra, no habrá otro pensamiento en mí mientras viva... ¿Por qué? ¿Por qué? Su muerte se llevó la verdad, y la muerte sólo podrá contestarme.

JUANA

¡Isabel ¡Isabel!

RICARDO

¡Hija mía!

GABRIEL

Siempre así... Esperaba en usted.

RICARDO

¿En mí? ¿Qué más podía yo averiguar?

GABRIEL

Escúchame, Isabel. Sólo sabemos que Hipólito, el mismo día de su muerte, escribió una larga carta a su amigo Carlos.

ISABEL

¡Ah! Al escribirle siempre me lo decía, y aquel

día no me dijo nada... Esa carta... ¿Carlos está en Londres?

GABRIEL

Pronto estará en Madrid.

ISABEL

¿Viene?

JUANA

¿Pero pensaba venir, o viene porque ustedes le han llamado?

RICARDO

No, no; ya estaba de viaje cuando yo le escribí.

JUANA

¿Y ustedes saben que en esa carta que Hipólito escribió...?

GABRIEL

No, nada sabemos... Puede suponerse por las circunstancias en que fué escrita...; es un resquicio más por el que puede llegar alguna luz... Yo no espero nada tampoco... Pero Isabel desea saberlo todo.

ISABEL

Sí, sí; yo espero aún, yo espero siempre... No es posible ese silencio, ese misterio; alguien debe saber, alguien lo sabe, y yo debo saberlo, necesito saberlo, o me volveré loca.

RICARDO

¿Y si Carlos sabe y debe callar?

ISABEL

¿Callar? ¿Por qué? No, no debe callar; mi dolor es por lo menos tan sagrado como la promesa que hayan podido exigirle... No es vano deseo de saber...; yo lo perdono todo, aunque en mi corazón se revuelven desconfianzas, sospechas y celos..., porque en todo debo pensar y todo debo sospecharlo...; pero es que también hay quien duda de mí, es que se trata de mi honra... Vosotros lo sabéis, usted lo sabe... La calumnia no respetó mi dolor para llegar hasta a mí... Sé lo que dicen unos: que fué un duelo por mí, por mi causa... Otros, ¡qué sé yo!, quizás que se dió muerte por no matarme... Y eso no puede ser, no puede subsistir... Yo necesito la verdad para mí sola si sólo para mí puede ser, pero la verdad, la verdad... Teniéndola yo, de los demás no me importa, que me calumnien, que me infamen... Pero es que ahora soy yo la primera en dudar de mí, y sin creer en los demás puede vivirse, pero sin creer en uno mismo no se vive.

RICARDO

¡Isabel! ¡Calma! Espera todavía. Yo comprendo tu afán por conocer la verdad, pero para nada te preocupes de lo que puede decirse. No hay persona honrada que pueda dar crédito a esas calumnias. La desgracia de Hipólito sólo tiene su explicación en un raptó de locura que acaso venía preparándose y que nadie pudo advertir. ¿Qué otra causa? Un hombre dichoso, que se casa enamorado con una mujer que le adora, seguro

el porvenir, sin preocupaciones de negocios ni de intereses...

ISABEL

¿Y tendrá usted pronto contestación de Carlos?

RICARDO

Sí; dejé encargo urgente...

GABRIEL

Pero no hemos dejado descansar a don Ricardo desde que llegó...

RICARDO

Por mí, no; pero Isabel con los recuerdos inevitables... Conviene dejarla...

GABRIEL

Le enseñaré a usted su habitación. ¿Vamos?

RICARDO

Cuando usted gusté. Hasta más tarde, Isabelita. Hasta luego, Juana. (*Salen Gabriel y D. Ricardo.*)

ESCENA III

ISABEL y JUANA

ISABEL

¿Es posible, Juana; es posible? No saber nada, no encontrar nada; no me atrevo a creer que me engañan, que la verdad es horrible y todos se conjuran para ocultármela.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo. 1625 MONTERREY, MEXICO